



EL DR. GUERRA PÉREZ-CARRAL Y EL EXILIO DE LOS MÉDICOS REPUBLICANOS ESPAÑOLES

Por J. R. Saiz Viadero

Buenas tardes, señoras y señores:

La Fundación Bruno Alonso, recogiendo una iniciativa de su presidente, ha querido organizar una sesión de homenaje póstumo en memoria del Dr. D. Francisco Guerra Pérez-Carral, un cántabro entre el más de medio millón de personas que se vieron obligadas a partir al exilio como único medio de evitar la represión que sistemáticamente sufrieron aquellos que no se sumaron a la sublevación militar del 18 de julio de 1936, cuya cabeza más visible pronto sería el general Francisco Franco Bahamonde.

Como todos ustedes recordarán, o por lo menos conocen, el exilio de las gentes de Cantabria que se mantuvieron leales a la legalidad republicana durante los trece meses que duró el asedio a la provincia, tuvo una especial característica que no se dio en muchas otras regiones de España, aunque si fuera compartida con las demás provincias del litoral cantábrico. Me refiero a su naturaleza de doble exilio: el primero comienza alrededor del mes de agosto de 1937, al producirse la caída de la entonces provincia de Santander en manos de las tropas sublevadas, y que conllevaría (también después desde Asturias) la salida por mar de miles de cántabros y cántabras navegando hasta alcanzar las costas francesas, con el propósito de atravesar el país vecino y volver a incorporarse a la España republicana cruzando la frontera con Cataluña; el segundo de ellos tendría lugar año y medio más tarde, cuando se produce la evacuación de Cataluña y han de volver a refugiarse en Francia, aunque esta vez su destino será mayoritariamente el de los campos de internamiento repartidos por gran parte de la geografía gala, como una suerte de prolongación de las fatigas que la propia guerra había ocasionado a los vencidos en este conflicto dotado de un enorme componente fratricida.

El Dr. Guerra Pérez-Carral, un joven médico torrelaveguense y secretario de la FUE madrileña, cuyas señas biográficas ya han sido debidamente esbozadas aquí, fue uno de los combatientes que hasta última hora se mantuvo en los frentes de guerra, tanto en Cantabria como después en Cataluña, en su doble cualidad de médico y de oficial del Ejército Popular de la República, iniciando a partir de ese momento una travesía histórica que, más allá de las duras vicisitudes que habría de vivir, en su caso tuvo una suerte auspiciada por la fuerte personalidad juvenil de quien, huyendo de una España republicana moribunda y a la espera de los acontecimientos que el anunciado conflicto internacional depararía a los de su condición, conoció un destino de cierta brillantez profesional al desarrollar una carrera que le convirtió en un reconocido médico de gran prestigio en su especialidad, pero también como historiador de la Medicina y bibliófilo.



Son muchas las características de esta figura las que le equiparan a otro cántabro también recientemente desaparecido y que, en su caso, desarrolló una eficaz trayectoria periodística y empresarial, además de compartir sus aficiones por la lectura y el coleccionismo de libros, cuyo destino final de sus respectivas bibliotecas habría de ser el acervo común de las instituciones públicas, como último rasgo de una generosidad que les hacía fieles epígonos de nuestro Marcelino Menéndez Pelayo. Me refiero, ya lo habrán ustedes adivinado, a Eulalio Ferrer Rodríguez, cuatro años más joven que el Dr. Guerra, al que conoció y con el que convivió en diferentes momentos del exilio mexicano, quien también tuvo ocasión de hacer el mismo itinerario de salida y entrada en España, luchando hasta los momentos finales de la guerra en tierras catalanas.

Cuando yo conocí al Dr. Guerra, hacía ya algún tiempo que había mantenido unos contactos esporádicos con una rama familiar que se había quedado en España, habiendo sufrido los rigores del castigo, primero, y el llamado exilio interior después. Creo que es bien sabido de todos que la marcha al exilio de don Francisco Guerra, miembro de una familia de prósperos comerciantes torrelaveguenses de acendrado espíritu liberal y adhesión republicana, se vio acompañada por la de su padre y la detención de un hermano afiliado al Partido Comunista, para el que se solicitaba tres penas de muerte y que solamente vio conmutadas merced a los afanes de su madre haciendo valer la condición sacerdotal de otro de sus hijos, pero no librándose por ello de la confiscación de todos sus bienes: “a partir de entonces tuvo que fregar muchas escaleras”, me decía en 2006 don Francisco Guerra, apenado todavía por el recuerdo de una madre sometida a humillaciones y vejaciones. Por lo menos, estos crueles episodios los pudo evitar Eulalio Ferrer, al partir hacia el exilio la familia al completo. Como recoge la historiadora Consuelo Soldevilla, casi la mitad de los componentes del exilio cántabro eran mujeres.

Mientras el Dr. Guerra trataba de abrirse camino en México, su familia vivía esas vicisitudes que no solamente marcaron a sus protagonistas de por vida sino que trastocaron todas sus ilusiones de futuro. Su hermano Miguel, que había seguido una de las actividades paternas basadas en la ganadería al frente de la Granja La Pasiega, de Parbayón, consiguió levantar cabeza en los años sesenta como dirigente de los ganaderos de la región, pero el fantasma de la represión ejercida por el régimen siempre se cernió sobre su mente, como lo demuestra patentemente nuestra conversación de los años 80, ambos sentados en un banco frente a la estación de ferrocarril, donde Miguel me hizo partícipe de uno de los episodios desarrollados en los últimos momentos de la guerra civil en Santander, cuando en el edificio que ahora es sede de la Fundación Marcelino Botín y que había sido incautado por el Partido Comunista, se afanaba en destruir los documentos que podían ser comprometedores para los supervivientes, gastando de esa manera las últimas fuerzas y los últimos minutos que hubieran sido preciosos para facilitar la huida del lugar que pronto se convertiría en un infierno para muchos.

El Partido Comunista, con su incautación del número 1 de la calle Pedrueca, salvó de esa manera la posible destrucción o, por lo menos, el deterioro, de un edificio que podía verse asediado en



aquellos momentos por la desesperación de las gentes, y uno de los protagonistas de este evento me lo narraba cincuenta años más tarde, ya en plena democracia y con los socialistas en el poder político, en voz baja y presa todavía de esa sensación de prudencia que les caracterizó durante toda su vida:

-“Esto te lo digo aquí y ahora, solamente una vez. Y lo negaré siempre que se divulgue”, vino a remachar como últimas palabras, antes de despedirnos para siempre.

Por eso, cuando algún tiempo más tarde entré en contacto con el Dr. Guerra comprendí perfectamente el asombro que a menudo manifestaba de que en Cantabria se alzara algún brote liberal que hablara con libertad de nombres de personas y acontecimientos cuya sola mención había sido prohibida, o únicamente se hacía utilizando los términos peyorativos más adversos: el Dr. Guerra se asombraba de que tal pudiera hacerse, porque, como muchos de los protagonistas de aquellos episodios, había sido marcado por los mismos o por el relato de sus consecuencias que después les llegó hasta su vida en el exilio, sin poder visitar a sus familiares ni tampoco, todo hay que decirlo, asistir directamente a la evolución que muy lenta pero inexorablemente se iba produciendo en la vida del pueblo español hasta llegar al momento actual.

Sin embargo, esa evolución tenía muchos puntos negros todavía, uno de los cuales era la recuperación para nuestra vida social y cultural de la persona del propio Don Francisco Guerra. Recuerdo también que cuando le invitamos por parte de la Fundación Bruno Alonso a dar una conferencia en Santander, todavía no se había producido en Cantabria ningún reconocimiento a la actividad desarrollada por un profesional que había recibido diversas distinciones académicas e institucionales a nivel internacional.

Estaba ya muy cerca de cumplir los noventa años y, sin embargo, las autoridades de Torrelavega, de donde era originario, no parecían mover ningún papel para que avanzara el expediente de concesión del título de hijo predilecto de la ciudad, y eso que gobernaban desde hacía muchos años los que se encontraban más próximos a su manera de pensar. ¡“Ay de los míos...!”; podía recordar no sin paciencia el propio doctor, que también se dolía ante la paralización de unos enojosos trámites administrativos con un colindante que tenía en la villa de Santillana del Mar, donde por haber adquirido un palacio de vieja raigambre lo había preservado de la incuria que podía llevarlo a la destrucción.

Esta dejadez, cuando no displicencia, con las que nuestras instituciones públicas han tratado a diversas personalidades, en agravio comparativo con otras que consideran más próximas y, por lo tanto, más poderosas, ha traído como consecuencia que una parte de la generosidad de aquéllas se haya repartido con establecimientos que se encuentran muy apartados de nosotros, cuando bien podía haberse centrado en la tierra que les vio nacer.

A la hora de materializar la donación de su cuantiosa y riquísima biblioteca médica, el Dr. Guerra se decidió por la Universidad Complutense, dentro de la biblioteca “Marqués de Valdecilla”,



cuando bien le hubiera venido incrementar sus fondos a la que en su día inició en la Casa de Salud Valdecilla con el mecenazgo de doña María Luisa Pelayo, sobrina del marqués. A la hora de dejar el no menos importante legado bibliográfico especializado en la historia del exilio, acerca del cual tantas lagunas a menudo insalvables tenemos, Eulalio Ferrer decidió entregarlo al Ateneo Español de México, cuando hubiera sido fundamental para todos los investigadores españoles su ubicación en las dependencias, por ejemplo, de la Biblioteca Central de Cantabria. A la hora de donar el medio millón de obras pictóricas del pintor exiliado Luis Quintanilla, no hay manera de conseguir suscitar el interés de las autoridades de su lugar de origen y, por ello, posiblemente se quedarán en el Nueva York del que el pintor partió deprimido y apesadumbrado y donde actualmente reside su hijo Paul.

No ha sido generosa Cantabria con los hombres y mujeres que en su día se vieron obligados a salir hacia el exilio y, en la mayoría de los casos, jamás regresaron con sus familias y con sus paisajes. Se quedaron solos con sus recuerdos y con las nuevas relaciones establecidas en una nueva vida, en una nueva tierra, muchas veces en un Nuevo Mundo.

¿Cuál es la patria del hombre? El escritor Max Aub solía repetir que “uno es de donde estudia el bachillerato”; otros han insistido en que la patria del hombre es su infancia. Pues bien: el Dr. Guerra, en el que hoy simbolizamos nuestro homenaje a los médicos y, por extensión, a todas aquellas personas que hace más de setenta años marcharon hacia un exilio que no sabían cuán largo iba a ser, tuvo su infancia en Torrelavega y sus estudios de bachillerato en Cantabria, pero la última parte de su juventud la pasó dividida entre los campos de internamiento de Francia y la lucha por la vida en América, donde abrió los horizontes que en su país se le habían cerrado y en parte despejó los negros nubarrones que sobre su futuro, y hasta su presente, se habían cernido.

¿De dónde son los médicos, los profesionales encargados de preservar la salud de sus contemporáneos? Como a diario se cuidan de hacernos saber los componentes de organizaciones tan meritorias como “Médicos sin fronteras”, los profesionales de la Sanidad son y se deben a los lugares donde haya pacientes que los necesiten. Más allá del sentimiento de patria grande o chica, que muchas veces no se corresponde con las auténticas vivencias de sus oriundos, los médicos de Cantabria que marcharon al exilio se integraron rápidamente en aquellos lugares en los que sus conocimientos profesionales y su vocación más personal y humanitaria eran demandados.

Cuando el Dr. Guerra salió de Santander, después de haber luchado hasta el último momento en el frente de guerra en las proximidades de Puente Viesgo cuando trataba de detener el que parecía imparable avance de las tropas italianas hasta llegar a Santander, se salvó de un trágico final que hubiera sido similar el que conoció su colega el Dr. Ernesto Gonzalvo, por tratarse del facultativo que fue destinado en el barco-prisión de infausta memoria “Alfonso Pérez”. Tanto Francisco Guerra como Eulalio Ferrer se hubieran convertido en dos más entre las miles de



víctimas de la represión efectuada por los vencedores y esta idea penetró en su ánimo vetándoles el regreso a España durante por lo menos tres décadas.

Lo mismo sucedió con otros médicos que hubieron de buscarse su sustento en tierras americanas, hospitalarias para cuantos huían de las consecuencias de una guerra civil, solicitando amparo en países que no estaban abocados a sufrir directamente la dureza de un conflicto en ciernes tan extenso como fue el de la Segunda Guerra Mundial.

Se me vienen a la memoria, entre los que se salvaron de la represión efectuada, los nombres de los médicos Wenceslao López Albo, el hombre que había puesto en marcha el funcionamiento de la Casa de Salud Valdecilla, auspiciada fundamentalmente por la generosidad de un indiano llamado don Ramón Pelayo de la Torriente, y que hubo de separarse de la cercanía de su proyecto más querido y más trascendental y también de la tierra de sus mayores. Su vinculación con la masonería no hubiera permitido un regreso a España sin la consiguiente represalia que sufrieron otros miembros de las logias masónicas.

También el Dr. Juan José Lastra López, de una familia de profesionales que gran parte de ellos se vieron obligados a refugiarse en Francia, para después regresar paulatinamente y casi en silencio reintegrándose en un paisaje social y cultural que ya en nada se parecía al que habían dejado cuando se marcharon precipitadamente. El Dr. Lastra falleció en el exilio mexicano, donde desarrolló una gran labor profesional, sobre todo entre la numerosa colonia de refugiados republicanos, compuesta por más de treinta mil personas.

Está el Dr. Ángel Escobio Andraca, secretario del Partido Comunista en Cantabria, quien se refugió y falleció en la Unión Soviética, mientras que su familia se trasladó a México.

El Dr. González-Aguilar, que junto con su familia encontró asilo en la República Argentina, donde también hubo una animada representación de los exiliados procedentes de Cantabria, lo mismo que en Chile lo protagonizaron fundamentalmente los viajeros que llegaron a bordo del *Winnipeg*, el barco en el que el poeta Pablo Neruda se encargó de trasladar a América más de dos mil personas, en cuya expedición iban varias decenas de cántabros.

Por cierto, que al citar al *Winnipeg*, el llamado barco de la esperanza, no puedo dejar de mencionar a uno de sus jovencísimos viajeros,

el que luego sería prestigioso doctor Victorino Farga Cuesta, quien al conocer que se iba a celebrar esta sesión de homenaje al Dr. Guerra, me ha enviado un escrito del que resalto la circunstancia de que su propio padre coincidiera con él en el campo de internamiento de Argelès-sur-Mer.

La experiencia del Dr. Farga Cuesta –en la actualidad, además, profesor de Medicina la Universidad de Chile y miembro de la Academia de Medicina- es muy esclarecedora, también, porque nos habla de la compleja situación de los exilios y de ese bucle represivo que se ha



producido en muchos países que a lo largo de los años han tenido que vivir sistemas totalitarios impulsados por las revueltas derivadas de las ambiciones militares y caudillistas.

Porque si al principio de esta intervención he aludido a la especial característica del exilio republicano de los cántabros, con dos etapas de su salida de España, a ello debemos unir la común peripecia de los exiliados españoles de ese periodo de nuestra historia, cuando ya en Francia (o en Orán, o en Argelia) se vieron obligados a salir hacia América ante la amenaza de la invasión nazi, pero que una vez en América, algunos de los que habían elegido tierras generosas en el amparo como Chile, Argentina o Uruguay, nuevamente hubieron de hacer las maletas ante la toma del poder por parte de los militares, y en ciertos casos (como en el del periodista de origen santanderino Darío Carmona), buscar asilo en España. Una España que ya se encontraba en los estertores del tardofranquismo.

Así lo había resumido ingenuamente una niña que viajó con sus progenitores a bordo del *Winnipeg*, cuando al pisar por vez primera tierra americana en el puerto de Valparaíso, preguntó a su madre:

“Mamá. Cuando nos echaron de Madrid, nos fuimos a Valencia; cuando nos echaron de Valencia, nos fuimos a Barcelona, y cuando nos echaron de Barcelona, nos fuimos a Francia. De Francia nos echaron a Chile. Cuando nos echen de Chile, ¿adónde nos vamos a ir?...”

Muchos de estos españoles hubieron de salir nuevamente al exilio repartiéndose por todos los continentes. Algunos de ellos, como el ya citado Darío Carmona o como el propio Dr. Farga Cuesta, en la España de la que habían salido precipitadamente siete lustros atrás, cerrando siquiera provisionalmente ese periplo que tenía visos de convertirse en “l’eternel retour”, como así hubiera sido de haber salido triunfante el 23 de febrero de 1981 el golpe protagonizado por el teniente coronel Tejero.

Por conocer de cerca las vicisitudes del exilio español y, más concretamente, en el campo de la sanidad, una de las dedicaciones del Dr. Guerra fue la de historiar el éxodo que supuso la guerra civil y la victoria de los sublevados en el campo de la medicina. La sangría que esta marea de profesionales de todas las ramas supuso para España y, como consecuencia, la aportación de la que se beneficiaron los países a los que se dirigieron, en especial las repúblicas de México, Argentina y Chile, devolviendo de esa manera el favor que se hacía al acoger a la marea de refugiados que se dirigían en busca de libertad y seguridad.

Su trabajo como historiador de esta materia ha sido casi exhaustivo y no tiene parangón. Con la publicación en el año 2003 de su monumental obra *La Medicina en el exilio republicano* no daba por concluido el trabajo de investigación que había cubierto gran parte de su dilatada existencia. Si a Menéndez Pelayo se le adjudican aquellas palabras postreras de “Qué lástima morir cuando me queda tanto por leer”, de Francisco Guerra (como de Eulalio Ferrer) bien podría decirse “Qué lástima morir cuando me queda tanto por recordar”. Que era una forma de vivir, pero también de hacer justicia a sus congéneres.



El Dr. Guerra vivió hasta el último momento pendiente de los datos que de un lugar u otro recogía, como se expresa en nuestra correspondencia y en nuestras conversaciones telefónicas. Por eso, cuando en 1999 me encargué de la co-dirección del I Congreso del Exilio Republicano en Cantabria, lo primero que pensé fue en su colaboración para que participara con sus conocimientos acerca de aquel sector de la profesión médica que había tenido que partir obligadamente al exilio. No pudo acudir personalmente pero nos envió su comunicación, dejándonos estupefactos por la gran cantidad de personas relacionadas en su trabajo, teniendo recuerdo no solamente para aquellos que abandonaron España sino también para quienes habían perecido durante la guerra civil por haberse unido al bando sublevado, y además a aquellos que al quedarse en España sufrieron los rigores del franquismo, tales como el ya mencionado Dr. Ernesto Gonzalvo, ejecutado; o represaliados tales como el ejemplar Dr. Enrique Madrazo, que permaneció más de cuatro años en la prisión de la Tabacalera a pesar de ser nonagenario, saliendo en libertad en 1942 solamente para morir en el domicilio de sus sobrinos. O Don José González-Torre, conocido popularmente como “el médico de los pobres”, que finalmente vio conmutada su pena de muerte; u otros que por sus antiguas relaciones con la masonería, como el Dr. Cordero Arronte, fueron sometidos a vigilancia permanente.

La lista de los nombres proporcionados es muy amplia pero merece la pena recordarse, aunque muchos de ellos nos resulten a estas alturas completamente desconocidos:

- José María Ceballos Carranceja, de San Vicente de la Barquera.
- Alfredo Fernández Gomara, de Santoña.
- Eugenio Ortega García, ejerciendo en Santander.
- Teodoro Heliodoro Téllez Plasencia, jefe de Fisioterapia y Radiología -de la Casa de Salud Valdecilla.
- Ángel Escobio Andraca, secretario del Partido Comunista de Santander.
- Wenceslao López Albo, de Colindres, primer director de la Casa de Salud Valdecilla.
- Juan José Lastra López, director de la Inclusa de Santander
- Gustavo Pérez Pérez, pediatra de Santander.
- Miguel Fernández Arce, de Solares.
- Francisco Guerra Pérez-Carral, de Torrelavega.
- Ricardo López González, odontólogo de Torrelavega.
- Juan Cristino Rivas, de Ampuero, ejerciente en Liérganes.



- Samuel Sisniega Vierna, de Colindres.
- Enrique Vega Sainz-Trápaga, dermatólogo en Santander.
- Alfonso de Vivancos Guerao, de Santander.
- Mariano Ramos de Santa María, veterinario de Laredo.
- Julio Gárate Arriola, jefe de sala de la Casa Salud Valdecilla.
- Juan Bautista González-Aguilar Peñaranda, director del Sanatorio Marítimo Antituberculoso de Pedrosa.

En total 19 médicos, a los que es preciso añadir los farmacéuticos, cuyo caso más sobresaliente es el del boticario y poeta Felipe Camino Galicia, conocido como León Felipe. y también diversas enfermeras.

El Dr. Guerra, como muchos de sus compañeros, se consideraba deudor de su tiempo y de las gentes que se le unieron en el viaje forzado. Así lo hacía saber al final de su intervención en el mencionado Congreso, celebrada en la Centro Asociado para la UNED en Cantabria:

“El exilio de los médicos republicanos montañeses fue profundamente doloroso: a veces, a los médicos nos era posible aliviar el sufrimiento de otros exiliados, y cuando se trataba de un paisano, con la medicina y el consejo profesional iba siempre el mensaje de hermandad y de cariño. Recuerdo con nostalgia aquellos años, pues si bien me tocó sufrir como los demás, no los cambiaría por ningún otro, ya que fueron éticamente los más puros de mi vida” (1).

Han pasado ya algunos meses desde su fallecimiento y ésta es una de las primeras veladas necrológicas que se celebran en su tierra, organizada por una Fundación cuya actividad siempre recibió elogios por parte del Dr. Guerra, y por ello es de justicia que corresponda relatando la memoria de un hombre que en tiempos muy difíciles y otros ya no tanto, vivió para el trabajo y la memoria de sus contemporáneos, representando de esa manera muy dignamente el ser y el sentir de la profesión médica.

Muchas gracias.

Francisco Guerra: *“El exilio de los médicos de Cantabria”*, en LÓPEZ SOBRADO, Esther, y SAIZ VIADERO, José Ramón: *Sesenta años después. El exilio republicano en Cantabria*, Centro Asociado para la UNED en Cantabria, Santander 2001, pp. 73-79.